

cansillo. Después de dos golpecitos dados á la puerta, la señora Marneffe se presentó.

—Dispéñeme, señora, esta irrupción en su casa; pero no la encontré ayer cuando vine á hacerle una visita. Somos vecinas, y si yo hubiese sabido antes que era usted prima del señor consejero de Estado, hace mucho tiempo que le hubiese pedido su protección para mí. He visto entrar al señor director, y me he tomado la libertad de venir, pues mi marido, señor barón, me ha hablado de un trabajo acerca del personal, que será sometido mañana á la firma del ministro.

Parecía estar conmovida, palpar; pero lo único que había hecho era subir las escaleras rápidamente.

—No tiene usted necesidad de solicitante, hermosa señora—respondió el barón,—soy yo quien tengo que pedirle el favor de dejarme verla.

—Pues bien, si la señorita no lo toma á mal, venga usted—dijo la señora Marneffe.

—Vaya usted, primo mío, pronto iré á reunirme con ustedes—dijo prudentemente la prima Bel.

La parisiense contaba de tal modo con la visita y con la inteligencia del señor director, que se había hecho, no sólo un tocado apropiado para semejante visita, sino que además había arreglado su habitación. Desde por la mañana, había puesto flores compradas al fiado. Marneffe había ayudado á su mujer á limpiar los muebles, á dar lustre á los objetos más pequeños, enjabonándolos, cepillándolos, quitando el polvo á todo. Valeria quería hallarse en un ambiente lleno de frescura, á fin de agradar al señor director y agradar lo bastante para tener derecho á ser cruel, á entretenerle como á un niño, empleando los recursos de la táctica moderna. Había juzgado á Hulot. Dejád á una parisiense en la desesperación veinticuatro horas, y derribará á un ministro.

Este hombre del Imperio, acostumbrado al género imperio, debía ignorar en absoluto las maneras del amor moderno. los nuevos escrúpulos, las diferentes conversaciones inventadas desde 1830 y en las que la *pobre débil mujer* acaba por hacer que la consideren como la víctima de los deseos de su amante, como una hermana de la caridad que cura llagas como un ángel que se sacrifica. Este *nuevo arte de amar* emplea infinidad de palabras evangélicas en la obra del diablo.

La pasión es un martirio. Se aspira á lo ideal, á lo infinito, y por una y otra parte quieren llegar á ser mejores por el amor. Todas estas frases hermosas son un pretexto para emplear aún más ardor en la práctica y más rabia en las caídas que se empleaban en el pasado. Esta hipocresía que caracteriza á nuestros tiempos ha gangrenado la galantería. Los amantes son dos ángeles, y si pueden obran como dos demonios. El amor no tenía tiempo para analizarse de este modo á sí mismo entre dos campañas, y en 1809 iba, en cuestión de éxitos, tan aprisa como el Imperio. Ahora bien, cuando la Restauración, el guapo Hulot, al convertirse en mujeriego, había consolado en un principio á algunas amigas caídas entonces como astros distinguidos del firmamento político, y, una vez anciano, se había dejado coger por las Jenny Cadine y las Josefás.

La señora Marneffe había preparado sus baterías al saber los antecedentes del director, que le fueron contados por su marido después que éste hubo tomado algunos informes en su oficina. La comedia del sentimiento moderno podía tener para el barón el encanto de la novedad, pues, digámoslo, Valeria estaba decidida, y el ensayo que hizo de su poder aquella mañana respondió á todas sus esperanzas.

CAPÍTULO X

Contrato privado y sin registro entre una leona y una cabra

Gracias á estas maniobras sentimentales, novelescas y románticas, Valeria obtuvo, sin prometer nada, la plaza de subjefe y la cruz de la Legión de honor para su marido.

Esta lucha no se realizó, como es consiguiente, sin comidas en el Rocher de Cancale, sin invitaciones para el teatro y sin muchos regalos de mantillas, chales, trajes y joyas. Como la habitación de la calle de Doyenné era poco agradable, el barón proyectó amueblar una con magnificencia en la calle de Vanneau, en una encantadora casa moderna.

El señor Marneffe obtuvo una licencia de quince días para poder ir á arreglar asuntos de interés de su país y una gratificación, y se prometió hacer un viajecito á Suiza para estudiar allí el bello sexo.

Si el barón Hulot se ocupó de su protegida, no por eso olvidó á su protegido. El conde Popinot, ministro de comercio á la sazón, era amante de las artes, y dió dos mil francos por un ejemplar del grupo de Sansón con la condición de que se rompería el molde para que no existiese más que su Sansón y el de la señorita Hulot. Aquel grupo llenó de admiración á un príncipe, al cual le enseñaron el modelo del reloj, que fué comprado por él en treinta mil francos con la condición de que había de ser el único poseedor. Consultados los artistas, entre los cuales estaba Stidmann, declararon que el autor de aquellas dos obras podía hacer una estatua. Inmediatamente, el mariscal príncipe de Wisemburgo, ministro de la guerra y presidente del comité de suscripción para el monumento del mariscal Montcornet, convocó á dicho comité, acordando en él confiar á Steinbock la ejecución de la estatua. El conde de Rastignac, que era entonces subsecretario de Estado, quiso una obra del artista cuya gloria surgía aclamada por sus rivales, y obtuvo de Steinbock el delicioso grupo de los dos muchachos coronando á una muchacha, y le prometió un taller en el depósito de mármoles del gobierno, situado, como es sabido, en el Gros-Cail-
lou.

Aquello fué el éxito, pero el éxito como se obtiene en París, es decir, loco, el éxito capaz de aplastar á las gentes que no tienen hombros para soportarlo, lo cual, entre paréntesis, ocurre frecuentemente. Se hablaba en los periódicos y en las revistas del conde de Steinbock, sin que él ni la señorita Fischer lo sospechasen siquiera. Todos los días, tan pronto como la señorita Fischer se iba á comer, Wenceslao se encaminaba á casa de la baronesa, pasando allí una ó dos horas, excepto los días en que Isabel iba á casa de su prima Hulot. Este estado de cosas duró algunos días.

El barón, seguro de las cualidades y del estado civil del conde de Steinbock, la baronesa, prendada de su carácter y de sus costumbres, y Hortensia, orgullosa de su aprobado amor y de la gloria de su pretendiente, no vacilaban ya en hablar de aquel matrimonio. Finalmente, el artista se creía en el colmo de la dicha, cuando una indiscreción de la señora Marneffe lo puso todo en peligro. He aquí como:

Isabel, á quien el barón Hulot deseaba relacionar con la señora Marneffe para tener siempre un espía en aquel hogar, había comido ya en casa de Valeria, la cual, por su parte,

deseando saber algo de la familia Hulot, acariciaba mucho á la solterona. Valeria tuvo, pues, la idea de invitar á la señorita Fischer á que fuese á comer con ella, á veces, á la nueva habitación que ocuparía en breve. La solterona, contenta de hallar una casa más adonde poder ir á comer, y cautivada por la señora Marneffe, le había tomado cariño. De todas las personas con quienes había tenido relaciones, ninguna había hecho tantos gastos por ella. En efecto, la señora Marneffe, que mimaba cuanto podía á la señorita Fischer, era, por decirlo así, para ella lo que la prima Bel era para la baronesa, para el señor Rivet, para Crevel y para todos los demás que le invitaban á comer. Los Marneffe habían excitado sobre todo la conmiseración de la prima Bel dejándole ver la profunda miseria de su hogar, miseria que procuraron revestir de los más hermosos colores: amigos socorridos que fueron ingratos, enfermedades, una madre, la señora Fortín, á quien habían ocultado sus angustias y que murió creyéndose siempre en la opulencia gracias á sacrificios sobrehumanos, etc.

—¡Pobre gente!—le decía á su primo Hulot.—Hace usted bien en interesarse por ellos, porque son muy buenas personas y lo merecen. Apenas pueden vivir con los mil escudos de sueldo del subjefe, y desde la muerte del mariscal Montcornet están empeñados. Es una verdadera barbarie eso de que el gobierno quiera que un empleado que tiene mujer é hijos viva en París con dos mil cuatrocientos francos de sueldo.

Una joven que parecía tenerle amistad, que se lo decía todo para consultarle, que la adulaba y que parecía dejarse guiar por ella, pasó á ser al poco tiempo más amada por la prima Bel que todos sus parientes.

Por su parte, el barón, admirando en la señora Marneffe una decencia, una educación y unos modales que no había visto en Jenny Cadine, ni en Josefa, ni en ninguna de sus amigas, se había enamorado de ella, en un mes, con pasión de anciano, pasión insensata que parecía razonable. En efecto, no veía allí ni burlas, ni orgías, ni gastos locos, ni depravación, ni desprecio por las cosas sociales, ni aquella independencia absoluta que había sido causa de todas sus desgracias en sus relaciones con la actriz y la cantante. Tampoco veía en ella aquella rapacidad de cortesana, comparable á la red del diablo.

La señora Marneffe, que se había convertido en su amiga y confidente, hacía mil remilgos para aceptar la menor cosa de él.

—Pasemos por los ascensos, las gratificaciones y todo lo que pueda usted lograr del Gobierno; pero no empiece usted á deshonrar á la mujer á quien dice ama tanto—decía Valeria,—porque sino no le creeré... y á mí me gusta creerle—añadía dirigiendo al cielo una mirada de santa.

Cada regalo que le hacía aceptar era una especie de violación de conciencia, la toma de una fortaleza. El pobre barón empleaba estratagemas para ofrecer una bagatela que no dejaba de costarle cara, y se felicitaba de haber encontrado al fin una virtud que realizara sus sueños. Durante estos manejos primeros, el barón era tan dios en aquella casa como en la suya propia. El señor Marneffe parecía estar á mil leguas de creer que Júpiter tuviese intenciones de bajar á casa de su mujer en forma de lluvia de oro, y hacía de paje á su augusto jefe.

La señora Marneffe, de veintitrés años de edad, mujer de la clase media, pura y timorata, flor escondida en la calle del Doyenné, debía ignorar las depravaciones y la desmoralización cortesanesca que causaban ahora horribles disgustos al barón, pues éste no había conocido aún los encantos de la virtud que combate, y la tímida Valeria se los hacía saborear.

Puesta la cuestión en este terreno entre Héctor y Valeria, á nadie le asombrará saber que Valeria hubiese sabido por Héctor el secreto del próximo casamiento del gran artista Steinbock con Hortensia. Entre un amante sin derechos y una mujer que no se decide fácilmente á ser una querida, hay luchas orales y morales en que la palabra descubre frecuentemente el pensamiento, lo mismo que en un asalto el florete adquiere la animación de la espada de duelo. El hombre más prudente imita entonces al señor de Turenne. El barón había dejado, pues, entrever toda la libertad de acción que el matrimonio de su hija le daría para responder á la amante Valeria, que más de una vez había exclamado:

—No concibo que una mujer cometa una falta por un hombre que no pueda ser todo suyo.

El barón le había jurado ya mil veces que, desde *hacia* veinticinco años, todo había terminado entre la señora Hulot y él.

—¡Dicen que es tan hermosa!—replicaba la señora Marneffe.—Quiero pruebas.

—Las tendrá usted—dijo el barón, feliz con aquel deseo de Valeria que la comprometía.

—¿Cómo? sería preciso que no me dejase usted nunca—había respondido Valeria.

Héctor se vió entonces forzado á revelar sus proyectos en ejecución de la calle de Vanneau, para demostrar á su Valeria que pensaba en darle aquella mitad de la vida que pertenecía á una mujer legítima, suponiendo que el día y la noche participan por igual de la existencia de las gentes civilizadas. Habló de separarse decentemente de su mujer dejándola sola, una vez que su hija se hubiese casado. La baronesa pasaría entonces todo el tiempo en casa de Hortensia y en la de los jóvenes esposos Hulot, y estaba seguro de la obediencia de su mujer.

—Desde ese momento, angelito mío, mi verdadera vida, mi verdadero hogar estará en la calle de Vanneau.

—¡Dios mío, cómo dispone usted de mí!...—dijo entonces la señora Marneffe.—¿Y mi marido?...

—¿Ese guñapo?

—Lo cierto es que al lado de usted, es eso...—respondió ella riendo.

La señora Marneffe sintió unas ganas atroces de ver al joven conde de Steinbock después de haber sabido su historia; tal vez quería obtener alguna joya de él mientras viviesen bajo el mismo techo. Esta curiosidad disgustó tanto al barón, que Valeria juró no mirar nunca más á Wenceslao. Poco después de haber recompensado el abandono de aquel capricho con un servicio completo para té de porcelana antigua de Sevres, guardó su deseo en el fondo de su corazón escrito como en una agenda. Así, pues, un día que había rogado á su prima Bel que fuese á tomar café con ella á su habitación, puso sobre el tapete la cuestión de su enamorado, á fin de saber si podría verle sin peligro.

—Amiguita mía, ¿por qué no me ha presentado aún á su novio? ¿Ya sabe usted que se ha hecho célebre en poco tiempo?

—¿El célebre?

—Pero si no se habla más que de él.

—¡Bah!—exclamó Isabel.

—Va á hacer la estatua de mi padre, y yo. puedo serle

muy útil para el buen éxito de su empresa, pues la señora Montcornet no puede, como yo, prestarle una miniatura de Sain, una obra maestra hecha en 1809, antes de la campaña de Wagram, miniatura que le fué dada á mi pobre madre cuando Montcornet era aún joven y guapo.

En tiempo del Imperio, Sain y Augustin se compartían el imperio de la pintura en miniatura.

—¿Dice usted que va á hacer una estatua?—le preguntó Isabel.

—De nueve pies, encargada por el ministerio de la Guerra. Pero ¿de dónde sale usted? ¿He de tener yo que darle estas noticias? El gobierno le va á dar además al conde de Steinbock un taller y casa en el depósito de mármoles del Gros-Caillou, del que tal vez sea director su polaco... Una plaza de dos mil francos, una canongía.

—¿Cómo sabe usted todo eso, cuando yo no sé nada?—le dijo al fin Isabel saliendo de su estupor.

—Vamos á ver, mi querida prima Bel—dijo graciosa-mente la señora Marneffe, —¿es usted capaz de sentir una amistad verdadera, á toda prueba? ¿Quiere usted que seamos como dos hermanas? ¿Quiere usted jurarme que no tendrá nunca más secretos para mí, como yo no los tendré para usted, y quiere usted ser mi espía como lo seré yo suya? ¿Quiere usted, sobre todo, jurarme que no me venderá nunca á mi marido ni al señor Hulot, y que no dirá nunca que he sido yo la que le he dicho?...

La señora Marneffe se detuvo en su plática, pues le asustó el aspecto de la prima Bel. La fisonomía de la loresesa se había vuelto terrible. Sus ojos negros y penetrantes tenían la fijeza de los de los tigres, y su cara se parecía á las que atribuimos á las pitonisas, pues apretaba los dientes para impedir que castañeteasen, y una espantosa convulsión hacía temblar sus miembros. Isabel había metido su ganchuda mano entre su gorro y sus cabellos para empuñarlos y sostener su cabeza, que le parecía que se había vuelto demasiado pesada: ardía. El humo del incendio que la consumía parecía salir á través de sus arrugas, cual si fuesen grietas producidas por una erupción volcánica. Aquello fué un espectáculo sublime.

—Pero ¿por qué se detiene usted?—le dijo con voz ronca.—Seré para usted todo lo que era para él. ¡Oh! le hubieran dado mi sangre.

—¿Le amaba usted, pues?

—Como si fuese mi hijo.

—Bien—repuso la señora Marneffe respirando más á gusto.—Si no le ama usted más que como hijo, se va usted á poner muy contenta, pues no tardará en verle feliz.

Isabel respondió con un movimiento de cabeza rápido, como el de una loca.

—Se casa dentro de un mes con la primita de usted.

—¡Con Hortensia!—gritó la solterona dándose un golpe en la frente y levantándose.

—¿Cómo? ¿de modo que ama usted á ese joven?—preguntó la señora Marneffe.

—Amiguita mía, vamos á unirnos hasta morir—dijo la señorita Fischer.—Sí; si usted tiene afectos, me serán sagrados. En fin, los vicios de usted se convertirán para mí en virtudes, porque yo voy á necesitar de sus vicios.

—¿De modo que vivía usted con él?—exclamó Valeria.

—No, quería ser su madre.

—¡Ah! pues entonces no puedo entender nada—repuso Valeria,—y de ese modo no ha sido usted burlada ni engañada y debe satisfacerle el ver que hace un buen matrimonio. Por lo demás, todo ha acabado para usted, no lo dude. El artista va todos los días á casa de la señora Hulot tan pronto como usted se va á comer.

—¡Adelina!—exclamó Isabel.—¡Oh! ¡Adelina, me la pagarás! ¡he de hacer que te vuelvas más fea que yo!

—Está usted pálida como una muerta—repuso Valeria.—Pero ¿hay algo entre ustedes? ¡Oh! ¡qué estúpida soy!—exclamó la señora Marneffe.

—Cuando la madre y la hija se ocultan de usted, es porque temen que opondría usted obstáculos á ese amor; pero de todos modos, si usted no vivía con ese joven... En fin, todo esto, amiguita mía, resulta para mí más obscuro que el corazón de mi marido.

—¡Oh! usted no sabe—repuso Isabel,—usted no sabe lo que es esa artimaña: es el último golpe que mata. ¡Y cuántos, cuántos golpes he sufrido yo en el alma! Usted ignora que desde la edad en que se siente, yo he sido inmolada á Adelina. Me daban golpes, y á ella le hacían cariños. Yo iba á misa como una desastrada, y ella iba vestida como una señora. Yo cavaba el jardín, mondaba patatas y legumbres, y ella no movía los dedos más que para arreglar sus patillos.

Ella se ha casado con el barón, y ha venido á brillar á la corte del Emperador, y yo permanecí hasta el año 1809 en mi aldea, esperando un partido conveniente durante cuatro años. Sí, y ellos me sacaron de allí, pero me sacaron para hacerme obrera y para proponerme empleados y capitanes que parecían porteros... Yo he aprovechado durante veintiséis años todas sus sobras... Y he aquí que, como en el Antiguo Testamento, el pobre posee una sola oveja que constituye su dicha, y el rico, que tiene rebaños, ambiciona la oveja del pobre y se la roba... sin advertírselo, sin pedirselo... ¡Adelina me arrebató mi dicha! ¡Adelina!... ¡Adelina! ¡te veré en el lodo y más baja cien veces que yo misma! Hortensia, á quien yo amaba, me ha engañado... El barón... No, éste no es posible. Vamos á ver, dígame usted lo que hay de cierto en todo.

—Cálmese usted, amiguita mía.

—Valeria, angel mío querido, voy á calmarme—respondió aquella extraña joven sentándose.—Una sola cosa puede devolverme la razón: déme usted una prueba.

—¡Pero si su prima Hortensia posee el grupo de Sansón, cuya litografía ha publicado una revista! Hortensia lo pagó de sus economías, y el barón es el que le apoya, considerándole ya como futuro yerno.

—¡Agua! ¡agua!—gritó Isabel después de haber fijado sus ojos en la litografía, en cuyo pie se leía: *Grupo perteneciente á la señorita Hulot de Hervy*.—¡Agua! ¡mi cabeza arde! ¡me vuelvo local!

La señora Marneffe fué á buscar agua, y la solterona se quitó el gorro, se soltó sus cabellos negros y metió varias veces la cabeza en la palangana que sostenía su nueva amiga, conteniendo así el amago de congestión. Después de esta inmersión, recobró todo su imperio sobre sí misma y le dijo á la señora Marneffe al mismo tiempo que se secaba:

—¡Ni una palabra! ¡ni una palabra de todo esto! ¿Ve usted? ya estoy tranquila y todo está olvidado. Ahora estoy pensando en otra cosa.

—Seguramente que mañana está en el manicomio—se dijo la señora Marneffe mirando á la lorenese.

—¿Qué hacer?—repuso Isabel.—Mire usted, angel mío, es preciso callarse, inclinar la cabeza é ir á la tumba como va el agua directamente al río. ¿Qué puedo yo intentar? Yo quisiera reducir á polvo á toda esa gente, á Adelina, á su

hija, al barón; pero ¿qué puede una parienta pobre contra toda una familia rica?... Sería la historia del puchero de barro contra el puchero de hierro.

—Sí, tiene usted razón—respondió Valeria,—vale más sacar de todo esto el partido que se pueda. Esta es la vida en París.

—Y no lo dude—dijo Isabel,—yo moriré pronto si pierdo á ese muchacho, á quien creía poder servir siempre de madre y con quien contaba vivir toda mi vida.

Esto diciendo, las lágrimas aparecieron en sus ojos y se detuvo. Esta sensibilidad en aquella muchacha de azufre y de fuego, hizo temblar á la señora Marneffe.

—Menos mal—dijo cogiendo la mano de Valeria,—que la tengo á usted, lo cual me sirve de consuelo en esta gran desgracia... Nos amaremos mucho... Y ¿por qué nos hemos de separar? Yo no seré nunca un estorbo para usted. A mí no me amarán nunca. Todos los que me han querido se casaban conmigo á causa de la protección de mi primo... ¡Tener energía para escalar el paraíso, y emplearla en procurarse pan, agua, guñapos y una buhardilla! ¡Ah! amiguita mía, ¡jesto si que es martirio! Me he consumido.

Dicho esto, se detuvo bruscamente y fijó en los azules ojos de la señora Marneffe una mirada que atravesó el alma de aquella mujer bonita, cual le hubiese atravesado una hoja el corazón.

—¡Y por qué hablar!—exclamó dirigiéndose un reproche á sí misma.—¡Ah! jamás he dicho otro tanto. ¡La hucha volverá á manos de su amo!—añadió después de una pausa, empleando esta expresión infantil.—Como usted dice muy bien, agucemos los dientes y procuremos llevarnos el mayor provecho posible.

—Tiene usted razón—dijo la señora Marneffe, á quien espantaba aquella crisis y que no recordaba haber emitido este último concepto.—Creo que está usted en lo cierto, hijita mía. Ande, que la vida no es tan larga para que una no procure sacar de ella todo el partido que pueda, empleando á los demás para placer nuestro. Yo que soy aún joven, ya estoy desengañada. Yo fui educada con gran mimo; mi padre se casó por ambición y casi me olvidó después de haber hecho de mí su ídolo, después de haberme educado como á la hija de una reina. Mi pobre madre, que me hacía soñar un gran porvenir, murió de pena al verme casada con un empleadillo

con mil doscientos francos, libertino y viejo á los treinta y nueve años, corrompido y que no veía en mí más que lo que han visto en usted, un instrumento de fortuna. Y sin embargo, he acabado por ver que este hombre infame es el mejor de los maridos, pues me deja en libertad prefiriéndome á las sucias perdidas de la calle, y si se queda para sí el sueldo, jamás me pide cuentas acerca del modo que tengo de procurarme recursos.

A su vez la señora Marneffe se detuvo, como mujer que se siente arrastrada por el torrente de las confidencias y admirada de la atención que le prestaba Isabel, de la cual creyó conveniente estar segura antes de hacerla dueña de sus últimos secretos.

—Vea usted, amiga, cual es mi confianza en usted—repuso la señora Marneffe, á la que Isabel contestó con un signo excesivamente tranquilizador.

A veces se jura con los ojos y con un movimiento de cabeza, con más solemnidad que ante los tribunales de justicia.

CAPITULO XI

Transformación de la prima Bel

—Yo tengo las apariencias de la honradez—repuso la señora Marneffe poniendo su mano sobre la mano de Isabel.—Soy casada y hago lo que quiero, hasta tal punto, que por la mañana, si al irse Marneffe á la oficina le da la gana de decirme adiós y encuentra la puerta de mi cuarto cerrada, se va tan tranquilamente. Mi marido quiere á su hijo menos de lo que yo quiero á uno de los niños de mármol que juegan al pie de uno de los dos ríos en las Tullerías. Si yo no vengo á comer, él come con la criada, pues la criada es toda del señor, y todas las noches sale después de comer para volver á las doce á la cama. Desgraciadamente, hace un año que estoy sin camarera, lo cual quiere decir que hace un año que estoy viuda. No he tenido más que una pasión, una dicha, y ésta era un rico brasileño que se fué hace un año á vender sus muebles y á realizarlo todo para poder establecerse en Francia. ¿Qué encontrará de su Valeria? Un estorcerse en Francia. ¿Qué encontrará de su Valeria? Un estorcerse en Francia. ¿Bah! Después de todo, suya es la culpa. ¿Por que

tardá tanto en volver? Además, ¿quién sabe si no habrá naufragado, como mi virtud?

—Adiós, amiga mía—dijo bruscamente Isabel,—no nos separaremos ya nunca. La quiero á usted, la estimo y soy toda suya. Mi primo me atormenta para que vaya á establecerme á su futura casa de la calle de Vanneau, y yo me resistía, porque he adivinado la razón de esta nueva bondad.

—Sí, ya sé que usted me hubiera vigilado—dijo la señora Marneffe.

—Esa es la razón de su generosidad—replicó Isabel.—En París la mitad de los beneficios son especulaciones, del mismo modo que la mitad de las ingratitudes son venganzas. Con una parienta pobre, se obra como con las ratas cuando se les pone un pedazo de tocino como cebo. Aceptaré la venganza del barón, porque esta casa se me ha hecho odiosa. ¡Oh! una y otra tenemos bastante talento para callar lo que nos daña y decir lo que debe decirse; de modo que nada de indiscreciones y una amistad...

—A toda prueba—exclamó gozosamente la señora Marneffe, satisfecha de tener una confidente, una especie de tía honrada.—Escuche usted, veo que el barón se portá perfectamente en la calle de Vanneau.

—Ya lo creo, como que se ha gastado treinta mil francos—repuso Isabel.—Yo no sé de donde saca el dinero, porque Josefa lo había desangrado por completo. ¡Oh! no se apure usted, porque el barón es capaz de robar para la mujer que tiene su corazón entre unas manitas blancas y satinadas como las de usted.

—Bueno, amiguita mía—repuso la señora Marneffe,—tome usted de esta casa todo lo que pueda servirle para su nuevo albergue: esta cómoda, este armario, este espejo, esta alfombra, esta colgadura...

Los ojos de Isabel se dilataron por efecto de un goce insensato, pues no se atrevía á creer en semejante regalo.

—Hace usted más por mí en un momento que mis parientes ricos en treinta años—exclamó.—Ellos nunca se han ocupado de si tenía ó no muebles. En su primera visita, hace algunas semanas, el barón hizo una mueca de rico al ver mi miseria. Gracias, amiga mía, yo le haré recobrar centuplicado lo que vale esto. Más tarde verá usted cómo.

Valeria acompañó á la prima Bel hasta el descansillo, donde las dos mujeres se besaron.

—¡Cómo hiede la condenada!— se dijo la mujer bonita cuando estuvo sola.—Procuraré no besar con frecuencia á la primita. Sin embargo, hay que andar con cuidado; debo mimarla mucho, porque me será muy útil y tal vez labrará mi fortuna.

Como verdadera criolla de París, la señora Marneffe tenía la negligencia de las gatas, que sólo corren y se mueven forzadas por la necesidad. Para ella la vida debía ser todo placer, y el placer no debía causar penas. Le gustaban las flores con tal que se las llevaran á casa, y no concebía una noche de teatro sin tener un palco entero y un coche que la llevara á casa. Valeria había adquirido estos gustos de cortesana de su madre, la cual, durante veinte años, mimada por el general Montcornet, había visto á todo el mundo á sus pies; pero como era una gastadora, lo había disipado todo y se lo había comido con esa vida de disipación, cuyo programa se ha perdido desde la caída de Napoleón. Los grandes del Imperio han igualado con sus locuras á los grandes de antaño. Cuando la Restauración, la nobleza se ha acordado siempre de que fué perseguida y robada; de modo que, á parte dos ó tres excepciones, se ha vuelto económica, juiciosa, previsora; después, el año 1830, consumó la obra del 1793. En lo sucesivo, en Francia, á menos de grandes cambios políticos difíciles de prever, habrá grandes nombres, pero no grandes casas. Todo toma aquí el sello de la personalidad. La fortuna de los más juiciosos es vitalicia; en una palabra, se ha destruído la familia.

El poderoso brazo de la miseria, que estrangulaba á Valeria el día en que conquistó á Hulot, decidió á esta joven á tomar su belleza como medio de hacer fortuna; así es que hacía algunos días que sentía la necesidad de tener á su lado, al igual que su madre, una amiga adicta de esas á quienes se confía lo que se debe ocultar á una camarera, y que puede obrar, ir y venir y pensar por nosotros; un testafarro, en fin, que consienta en un reparto desigual de la vida. Ahora bien, Valeria había adivinado, lo mismo que Isabel, las intenciones que llevaba el barón al relacionarla con la prima Bel. Aconsejada por la temible inteligencia de la criolla parisiense, que se pasa las horas tendida sobre un diván paseando la linterna de su observación por todos los rincones oscuros de las almas, de los sentimientos y de las intrigas, había ideado convertir á su cómplice en espía; probable-

mente aquella terrible indiscreción era premeditada, pues había reconocido el verdadero carácter de aquella ardiente y apasionada muchacha y quería atraérsela. Esta conversación se parecía, pues, á la piedra que arroja un viajero á un abismo para hacerse la demostración física de su profundidad, y la señora Marneffe llegó á sentir miedo al ver que aquella muchacha, tan débil y humilde en apariencia, era á la vez un Yago y un Ricardo III.

En un instante, la prima Bel se había mostrado tal cual era, y en un instante aquel carácter de corso y de salvaje, al romper las débiles ligaduras que le sujetaban, había recobrado su amenazadora actividad, como recobra su posición la rama sujeta por las manos del niño para quitarle los frutos.

Para el que observe el mundo social, será siempre objeto de admiración la plenitud, la perfección y la rapidez de las concepciones de los seres dotados de naturalezas vírgenes.

La virginidad, como todas las monstruosidades, tiene riquezas especiales y grandezas sorprendentes. La vida cuyas fuerzas están economizadas, adquiere en el individuo virgen una resistencia y una duración incalculable. El cerebro se ha enriquecido con el conjunto de sus facultades reservadas. Cuando las gentes castas necesitan su cuerpo ó su alma y recurren á la acción ó al pensamiento, ven que sus músculos son de acero, que su inteligencia posee una ciencia infusa y que su voluntad desarrolla una fuerza diabólica.

Desde este punto de vista, la Virgen María, considerada por un momento como un símbolo, eclipsó con su grandeza á todos los tipos indios, egipcios y griegos. La virginidad, madre de las grandes cosas, *magna parens rerum*, tiene en sus hermosas manos blancas la llave de los mundos superiores. En fin, esa grandiosa y terrible excepción, merece todos los honores que le confiere la Iglesia católica.

En un momento la prima Bel se convirtió, pues, en el Mohicano cuyos lazos son inevitables, cuyo disimulo es impenetrable y cuyas rápidas decisiones están fundadas en la perfección inaudita de los órganos. La solterona sentía el odio y la venganza sin transacción, como la sienten en Italia, en España y en Oriente. Estos dos sentimientos, que son engendrados por la amistad y por el amor llevados á lo absoluto, sólo son conocidos por los países bañados por el sol. Pero Isabel fué sobre todo hija de Lorena, es decir, se resolvió á engañar. Al salir de casa de la señora Marneffe, Isabel

se fué á casa del señor Rivet, lo halló en su despacho, y después de haber echado el cerrojo á la puerta, le dijo:

—Mi buen señor Rivet, tenía usted razón; los polacos son todos unos canallas, gentes sin fe ni ley.

—Sí, gentes que quieren incendiar á Europa y arruinar el comercio y á los fabricantes por una patria que, según dicen, está llena de pantanos y de espantosos judíos, sin contar los cosacos y los aldeanos, especie de bestias feroces que apenas si pueden considerarse personas humanas—dijo el pacífico Rivet.—Esos polacos desconocen los tiempos actuales. Nosotros no somos ya bárbaros. Mi querida señorita, la guerra se va, se ha ido con los reyes. Nuestro tiempo es el tiempo del comercio, de la industria y de la formalidad que creó la Holanda. Sí—dijo animándose,—estamos en una época en que los pueblos deben obtenerlo todo mediante el movimiento legal de sus libertades y el ejercicio político de las instituciones constitucionales; he aquí lo que los polacos ignoran, y yo espero... ¿Qué dice usted, hermosa mía?—añadió deteniéndose al ver, por la actitud de su obrera, que las cuestiones políticas no estaban á su alcance.

—Aquí está el legajo—replicó Bel.—Si no quiero perder mis tres mil doscientos francos, veo que habrá que meter á ese pillo en la cárcel.

—¡Ah! ya se lo decía yo á usted—exclamó el oráculo del barrio de San Dionisio.

La casa Rivet, sucesor de Dous hermanos, seguía establecida en la calle de las Malas Palabras, en el antiguo palacio de Langeais, construído por esta ilustre casa en la época en que los grandes señores se agrupaban en torno del Louvre.

—Por eso le he colmado de bendiciones mientras venía hacia aquí—respondió Isabel.

—Si él no sospecha nada, podrá ser detenido á las cuatro de la mañana—dijo el juez, consultando el almanaque para ver la hora de la salida del sol;—pero esto no podrá hacerse hasta pasado mañana, porque no se puede prender á nadie por deudas sin conminarle antes al pago.

—¡Qué ley más estúpida!—dijo la prima Bel.—De ese modo el deudor se escapa.

—Tiene perfecto derecho—replicó el juez sonriéndose.

—En cuanto á eso—dijo Bel interrumpiendo á Rivet,—yo cogeré el papel, se lo entregará diciéndole que me lo

visto obligada á buscar dinero y que mi prestamista ha exigido una responsabilidad. Como conozco al polaco, sé que ni siquiera abrirá el papel y continuará fumando en su pipa.

—¡Ah! no está mal, no está mal, señorita Fischer. Bueno, no tenga cuidado, que se arreglará el asunto. Pero, un instante, ¿qué adelantará usted prendiéndole? ¿cree usted que cobrará así? ¿quién le pagará?

—Los que le dan dinero.

—¡Ah! sí, ya no me acordaba de que el ministro de la Guerra le encargó que erigiese un monumento á uno de nuestros clientes. ¡Ah! esta casa ha hecho muchos uniformes para el general Montcornet, el cual no tardaba en ennegrecerlos con el humo de los cañones. ¡Qué valiente era y con qué puntualidad pagaba!

Un mariscal de Francia habrá podido salvar al emperador ó á París, pero si queréis elogiárselo á un comerciante, decidle que pagaba puntualmente.

—Bueno, hasta el sábado, señor Rivet. A propósito, le advierto que me traslado de la calle de Doyenné á la calle de Vanneau.

—Hace usted bien, porque yo la veía con pena en un agujero que deshonra el Louvre y la plaza del Carroussel. Yo adoro á Luis Felipe, él es mi ídolo, es la representación augusta de la clase en que ha fundado su dinastía, y no olvidaré nunca lo que hizo por la pasamanería restableciendo la guardia nacional.

—Cuando le oigo hablar á usted de ese modo, me pregunto porque no es ya diputado—dijo Isabel.

—Se teme mi apego á la dinastía—respondió Rivet.—Mis enemigos políticos son los enemigos del rey. ¡Ah! es un carácter noble, una hermosa familia. En fin—repuso continuando su argumento,—es un ideal: costumbres, economía, todo. Pero la terminación del Louvre es una de las condiciones que le impusimos al darle la corona, y la lista civil, á la cual no se ha puesto término, nos deja el corazón de París en un estado lamentable. Por lo mismo que soy partidario del *justo medio*, me gustaría ver el justo medio de París en otro estado. El barrio donde vive usted hace temblar, y si siguiera usted allí, la hubieran asesinado algún día. Ya ha visto usted que han nombrado al señor Crevel jefe de batallón, y yo espero que me encargará á mí las charreteras.

—Hoy como en su casa y ya procuraré enviárselo.

Isabel creyó que se conquistaría al bigamo cortando todas las comunicaciones entre el mundo y él. No trabajando ya, el artista se vería olvidado como un hombre enterrado en una cueva, á donde sólo iría ella á verle. Isabel tuvo de este modo dos días de dicha, pues esperaba asestar un golpe mortal á la baronesa y á su hija.

Para ir á casa del señor Crevel, que vivía en la calle de Sousayes, Isabel tomó el puente del Carroussel, el muelle de Voltaire, el muelle de Orsay, la calle Bellechasse, la calle de la Universidad, el puente de la Concordia y la avenida Marigny. Esta ruta ilógica era trazada por la lógica de las pasiones, que es siempre excesivamente enemiga de las piernas. Mientras que pasó por los muelles, la prima Bel miró la orilla derecha del Sena andando con lentitud; su cálculo era justo: había dejado á Wenceslao vistiéndose, y suponía que tan pronto como el enamorado estuviese libre de ella, se iría á casa de la baronesa por el camino más corto. En efecto, en el momento en que pasaba arrimada á lo largo del muelle Voltaire contemplando la barandilla, reconoció al artista y le siguió sin ser vista por él, acompañándole hasta la casa de la señora Hulot, donde le vió entrar como hombre acostumbrado á hacerlo con frecuencia.

Esta última prueba, que confirmaba las declaraciones de la señora Marneffe, puso á Isabel fuera de sí. La solterona llegó á casa del jefe de batallón en ese estado de irritación mental que hace cometer asesinatos, y encontró al padre Crevel esperando á sus hijos en el salón. Pero Celestino Crevel es una representación tan sencilla y tan verdadera del advenedizo parisiense, que es difícil entrar sin ceremonias en casa de este feliz sucesor de César Birotteau. Celestino Crevel es por sí solo todo un mundo, y, con más razón que Rivet merece los honores de la paleta, á causa de su importancia en este drama doméstico.

CAPITULO XII

De la vida y opiniones del señor Crevel

¿Habéis notado que en la infancia ó en los comienzos de la vida social nos creamos con nuestras propias manos un modelo, sin darnos cuenta de ello muchas veces? Del mismo modo el dependiente de una casa de banca sueña, al entrar en el salón de su amo, con poseer un salón semejante. Si hace fortuna, cosa que no ocurre hasta el cabo de algunos años, no empleará en su casa el lujo que esté de moda, sino el lujo de antes que tanto le fascinaba. No se conocen todas las tonterías que son debidas á esa envidia retrospectiva, del mismo modo que se ignoran todas las locuras debidas á esas rivalidades secretas que llevan á los hombres á imitar el tipo que se han formado y á consumir sus fuerzas para ser llamativos. Crevel fué teniente alcalde porque su amo lo había sido, y era jefe de batallón porque había envidiado las charreteras de César Birotteau. Asimismo impresionado por las maravillas realizadas por el arquitecto Grindot en el momento en que la fortuna sopló á su amo, Crevel, como él decía, no se había parado en barras cuando se trató de decorar su habitación, y se dirigió con los ojos cerrados y la boca abierta á Grindot, arquitecto que estaba entonces completamente olvidado. Aun no se sabe el tiempo que duran las glorias pasadas, sostenidas por admiraciones anteriores.

Grindot reprodujo allí por milésima vez su salón blanco y oro, tendido de damasco rojo. El mobiliario de palisandro, esculpido como se esculpen las obras corrientes, sin finura, había sido dentro de la fabricación parisiense un justo orgullo para la provincia, cuando la exposición de productos de la industria. Las lámparas, los brazos, el cenicero, la araña y el reloj pertenecían al género rocalla. La mesa redonda, inmóvil en medio del salón, ofrecía un mármol inerustado de todos los mármoles italianos antiguos venidos de Roma, donde se fabrican esas especies de mapas mineralógicos semejantes á muestrarios de sastres y que causaban periódicamente la admiración de todos los burgueses á quienes recibía Crevel. Los retratos de la difunta señora

Crevel, de Crevel, de su hija y de su yerno, debidos al pincel de Pedro Grassou, pintor de gran fama entre las gentes de la clase media, á quien Crevel debía lo ridiculo de su actitud *bironiana*, guarnecían las paredes formando pareja los cuatro. Los marcos, pagados á mil francos cada uno, estaban en perfecta armonía con todo aquel lujo de café que seguramente hubiese hecho encoger de hombros á un artista verdadero.

El oro jamás ha perdido ocasión de mostrarse estúpido. Se contarían hoy diez Venecias en París, si los comerciantes retirados hubiesen tenido ese instinto de las grandes cosas que distingue á los italianos. Aun en nuestros días, un negociante milanés lega cien mil francos al *Duomo* para el dorado de la virgen colosal que corona la cúpula. Canova ordena en su testamento á su hermano que construya una iglesia de cuatro millones y el hermano añade algo de lo suyo. Un burgués de París (y todos sienten, como Rivet, un gran amor por París), ¿pensaría nunca en hacer levantar los campanarios que faltan en las torres de Notre-Dame? Ahora bien, contad las sumas recogidas por el Estado en herencias sin herederos. Se habría acabado de embellecer á París con el importe de las tonterías de cartón piedra, de pastas doradas y de esculturas falsas consumidas en quince años por los individuos de la clase de Crevel.

Al extremo de aquel salón se hallaba un magnífico gabinete amueblado con mesas y armarios imitación de Boule.

El dormitorio, tendido con piel de Persia, daba también al salón. La caoba en toda su gloria infestaba el comedor, dotado de unas vistas de Suiza, provistas de ricos marcos, adornaban los testers. El padre Crevel, que soñaba con hacer un viaje á Suiza, tenía interés en poseer aquel país pintado hasta el momento en que fuese á verlo en realidad.

Crevel, antiguo teniente alcalde, condecorado y guardador de las grandezas y hasta el mobiliario de su infortunado predecessor. Allí donde uno había caído cuando la Restauración, éste, completamente olvidado, se había levantado, no por un extraño azar de la fortuna, sino por la fuerza de las cosas. En las revoluciones, lo mismo que en las tempestades marítimas, los valores sólidos se van á pique y sólo quedan flote las cosas ligeras. César Birotteau, realista que gozaba de favor y que era envidiado, pasó á ser el punto de mira

de la oposición burguesa, mientras que la triunfante burguesía se creía representada por Crevel.

Aquella habitación que costaba mil escudos de alquiler y que rebosaba todas esas cosas vulgares que procura el dinero, ocupaba el primer piso de un palacio antiguo situado entre patio y jardín. Todo estaba allí conservado como los coleópteros en casa de un entomólogo, pues Crevel paraba muy poco en casa.

Aquel local suntuoso constituía el domicilio legal del ambicioso burgués. Servido allí por una cocinera y por un ayuda de cámara, tomaba dos criados más y encargaba las comidas á casa de Chevet, cuando obsequiaba á los amigos políticos ó á gentes á quienes deseaba deslumbrar, ó cuando recibía á su familia. La permanencia ordinaria de Crevel, que estaba antes en la calle de Notre-Dame-de-Lorette, era entonces en casa de la señorita Eloísa Brisetout, en la nueva morada de esta mujer sita en la calle de Chauchat. Todas las mañanas el *antiguo negociante* (todos los plebeyos retirados se titulan *antiguos negociantes*), pasaba dos horas en la calle de los Laussayes resolviendo sus asuntos, y el resto del día se lo dedicaba á Zaida, lo cual le resultaba á ésta poco agradable. Orosario-Crevel tenía un trato fijo con Eloísa, la cual le debía quinientos francos mensuales de dicha sin reciprocidad, y á cambio de esto Crevel le pagaba la comida y todos los extraordinarios. Este contrato con primas, pues le hacía muchos regalos, le parecía económico al ex amante de la célebre cantante, el cual solía decir, respecto á este punto, á los negociantes viudos que amaban demasiado á sus hijas, que era preferible tener caballos alquilados por meses que cuadra propia. Sin embargo, si se recuerda la confidencia hecha por el portero de la calle Chauchat al barón, ya se sabrá que Crevel no ahorra ni el cochero ni el *groom*.

Como se ve, Crevel había hecho de modo que su excesivo amor á su hija redundase en beneficio de sus placeres. La inmoralidad de su situación estaba justificada por razones de elevada moral. Además que el antiguo perfumista sacaba de aquella vida (vida necesaria, vida desarreglada, regencia, Pompadour, mariscal Richelieu, etc.), un barniz más que superior. Crevel aparecía como hombre de grandes vuelos, como gran señor, como hombre generoso, sin pequeñez de ideas, y todo ello por mil doscientos ó mil quinien-

tos francos al mes. No era todo esto efecto de una hipocresía política, sino efecto de vanidad burguesa que daba, sin embargo, el mismo resultado. En la Bolsa, Crevel pasaba por ser superior á su época y, sobre todo, por un campechano.

En esto Crevel creía haber dejado al buen Birotteau á cien codos por debajo de él.

—¡Cómo!—exclamó Crevel lleno de rabia al ver á la prima Bel,—¿es usted la que casa á la señorita Hulot con un joven conde á quien ha sostenido con su sudor durante mucho tiempo?

—¡Cualquiera diría que eso le contraría!—respondió Isabel, fijando en Crevel una mirada penetrante.—¿Pero qué interés tiene usted en impedir que mi prima se case? Porque usted hizo abortar, según dicen, su matrimonio con el hijo del señor Lebás.

—Usted es una muchacha buena y discreta—repuso el buen Crevel.—Ahora bien, ¿cree usted acaso que yo le perdonaré nunca al señor Hulot el crimen de haberme quitado á Josefa?... y, sobre todo, para convertir á una joven honrada, con quien yo hubiera acabado por casarme allá en mi vejez, en una perdida, en una saltimbanqui, en una corista de la Opera... ¡No! ¡no! ¡nunca!

—Y, sin embargo, el señor Hulot es un buen hombre—dijo la prima Bel.

—Sí, amable, muy amable, demasiado amable—repuso Crevel,—yo no le deseo ningún mal, pero quiero tomarme la revancha y me la tomaré. ¡Es mi idea fija!

—¿Y es ese deseo la causa de que no vaya usted ya á casa de la señora Hulot?

—Tal vez...

—¡Ah! ¿de modo que le hacía usted la corte á mi prima?—dijo Isabel sonriendo.—Lo sospechaba.

—Sí, y me ha tratado como á un perro, ó, peor aún, como á un lacayo. Pero saldré vencedor—añadió cerrando los puños y golpeándose la frente.

—¡Pobre hombre! sería espantoso que hallase á su mujer faltándole, después de verse abandonado por su querida.

—¡Josefa!—exclamó Crevel.—¿Lo ha dejado Josefa? ¡Bravo, Josefa! Josefa, tú me has vengado y te enviaré dos perlas para que adornes con ellas tus orejas. No sabía nada, porque, después que la vi á usted al día siguiente de aque-

en que Adelina me echó de su casa, me fui á casa de los Lebás, á Corbeil, y ahora vuelvo de allí. Eloísa ha hecho lo imposible para enviarme al campo, y ya he sabido la razón de su deseo: quería estrenar sin mí la calle de Chauchat con artistas, histriones y gentes de letras... ¡He sido burlado! pero le perdonaré, porque Eloísa me entretiene. Es una Dejaset inédita. ¡Qué tunantuela es esta muchacha! He aquí la carta que encontré ayer por la noche: «*Viejo mío, he levantado mi tienda en la calle Chauchat. He tomado la precaución de que mis amigos viniesen á secar las paredes de mi nueva casa. Venga usted cuando quiera, señor. Agar espera á su Abraham.*» Eloísa, que conoce al dedillo la vida bohemia, me dará más noticias.

—Pues mi primo ha recibido impasible ese desengaño—respondió la prima.

—No es posible—dijo Crevel deteniéndose en su paseo.

—El señor Hulot tiene ya sus años—advirtió maliciosamente Isabel.

—¡Oh! le conozco—repuso Crevel.—Los dos nos parecemos en este punto: Hulot no podrá pasar sin algún amorio. Es capaz de reconciliarse con su mujer, lo cual sería novedad para él, y entonces ¡adiós mi venganza! ¿Se sonríe usted, señorita Fischer?... ¡Ah! ¿sabe usted algo?

—Me río de sus cosas de usted—respondió Isabel.—Sí, mi prima está aún bastante guapa para inspirar pasiones; yo, si fuese hombre, la amaría.

—¡Quien tuvo, retuvo!—exclamó Crevel.—Usted se burla de mí. El barón habrá encontrado algún consuelo.

Isabel movió la cabeza, haciendo un gesto afirmativo.

—¡Ah! qué feliz es pudiendo reemplazar á Josefa de la mañana á la noche—dijo Crevel continuando.—Pero no me asombra, porque él me decía una noche cenando que, en su juventud, para no estar nunca desprovisto, tenía siempre tres queridas: la que estaba á punto de abandonar, la reinante y la que cortejaba para el porvenir. ¡Debía tener de reserva alguna modistilla! ¡Es muy Luis XV el mocito! ¡Oh! ¡qué feliz es, siendo guapo! Sin embargo, envejece mucho, se gasta... habrá ido á dar con alguna obrera...

—¡Oh! no—respondió Isabel.

—¡Ah! ¡cuánto daría yo porque no pudiese ponerse el sombrero! Me será imposible recobrar á Josefa, porque las mujeres de esa clase no vuelven nunca á su primer amor.

Por otra parte ya se dice que una reconciliación no es amor nunca. Prima Bel, yo daría, es decir, yo me gastaría cincuenta mil francos por quitarle la querida á ese guapo, probándole que un hombre como yo, con faja de jefe de batallón y cabeza de futuro alcalde de París no se deja quitar su dama sin tomarse la revancha.

—Mi situación me obliga á oirlo todo y á no saber nada—respondió Bel.—Puede usted hablar conmigo sin temor, pues yo no digo nunca lo que me confían. ¿Por qué quiere usted que yo falte á esta ley de mi conducta? Después nadie tendría ya confianza en mí.

—Ya lo sé—replicó Crevel.—Es usted la perla de las solteras... Pero ¡qué diablo! hay excepciones. Mire usted, nunca le ha procurado rentas su familia.

—Pero me queda el orgullo de no ser gravosa para nadie—dijo Bel.

—¡Ah! si usted quisiera ayudarme á vengarme—repuso el antiguo negociante—yo pondría á su nombre diez mil francos. Dígame, hermosa prima, dígame quien es la substituta de Josefa y tendrá usted con que pagar el alquiler, el desayuno y aquel buen café que le gusta tanto, substituyéndolo por moka ¿eh? ¡Oh! ¡qué bueno es el moka puro!

—Me interesa más seguir siendo discreta, que esos diez mil francos que me procurarían quinientos de renta—dijo Isabel;—porque, además, mi buen señor Crevel, el barón se portó muy bien conmigo y va á pagarme el alquiler.

—¡Sí! ¡ya verá usted cuanto tiempo se lo paga! ¡Confíe en él!—exclamó Crevel.—¿De dónde va á sacar dinero el barón?

—¡Ah! no lo sé. El caso es que él se gasta más de treinta mil francos en la habitación que destina para su nueva dama.

—¡Una dama! ¡Cómo! ¿es por ventura alguna mujer honrada? ¡Qué suerte tiene el muy bandido! Es el único para eso.

—Una mujer casada, muy distinguida—dijo la prima.

—¿De veras?—exclamó Crevel abriendo unos ojos movidos tanto por el deseo como por la frase *muy distinguida*.

—Sí—contestó Isabel;—lista, toca el piano, veintitrés años, cara cándida, cutis de deslumbradora blancura, dientes de perrita, ojos como estrellas, frente ancha y serena... ¡¡unos piececitos! nunca los he visto iguales...

—¿Y las orejas?—preguntó Crevel vivamente interesado por estas palabras.

—Orejas que ni esculpidas.

—¿Y manos pequeñas?

—Bastará que le diga que es una verdadera alhaja, ¡tan delicada! ¡tan honrada! ¡tan pudorosa! un alma hermosa, un ángel que posee todas las distinciones, pues su padre es mariscal de Francia.

—¡Mariscal de Francia!—exclamó Crevel dando un salto.

—¡Dios mío! ¡Caramba, recaramba y requetecaramba! ¡El muy maldito! Dispénsese, prima, me vuelvo loco... Yo creo que daría cien mil francos...

—Sí, ya está usted fresco; ya le digo que es una mujer honrada y virtuosa. Únicamente que el barón ha sabido componérselas.

—Pero, si no tiene un céntimo.

—Ha habido de por medio un marido ascendido.

—¿A dónde?—dijo Crevel con amarga risa.

—Al grado de subjeje; y ese marido, que sin duda será complaciente, obtendrá además una cruz.

—El gobierno debiera tener cuidado y respetar á los que ha condecorado, no prodigando así las cruces—dijo Crevel con aire picado.—Pero, ¿qué tiene ese maldito barón para tener tanta suerte? ¡Yo creo que valgo tanto como él!—añadió mirándose en un espejo.—Eloísa me ha dicho muchas veces, en el momento en que las mujeres no mienten, que yo era asombroso.

—¡Oh!—replicó la prima—á las mujeres les gustan los hombres gordos, porque casi todos son buenos, y, entre usted y el barón, yo le escogería á usted. El señor Hulot es ocurrente, guapo, airoso, pero usted es sólido y además... ¡parece usted aún más truhán que él!

—¡Parece mentira! ¡cómo les gusta á las mujeres este aire, hasta á las devotas!—exclamó Crevel tan contento, que cogió á Bel por la cintura.

—La dificultad no está en eso—dijo Bel continuando.—Ya comprenderá usted que una mujer que tiene tantas ventajas no va á ser infiel á su protector por una bagatela, y *la cosa* costaría más de cien mil francos, pues esa dama ya á su marido jefe de oficina antes de dos años... La miseria es la que empuja á ese ángel al abismo.

Crevel se paseaba de un lado á otro como un loco.

—¿Y él debe estar interesado por esa mujer?—preguntó después de un momento de silencio, durante el cual su deseo,

avivado así por Isabel se convirtió en una especie de rabia.

—¡Figúrese!—repuso Isabel.—Como que yo no creo que haya obtenido aún ni esto—dijo haciendo sonar la uña de su pulgar contra una de sus blancas paletas—y ya lleva gastados más de diez mil francos en regalos.

—¡Oh! ¡qué bueno, si yo llegase antes que él!—exclamó Crevel.

—¡Dios mío! ¡qué mal hago yo en decirle nada de esto!—repuso Isabel como si sintiese remordimientos.

—No. Quiero avergonzar á su familia de usted, y mañana mismo voy á poner á su nombre una renta de seiscientos francos; pero me lo dirá usted todo, ¿verdad? el nombre y la casa de su dulcinea. A usted ya puedo decirle que nunca he tenido una mujer distinguida, y la mayor ambición mía es poder conocer una. Las huries de Mahoma no son nada en comparación con lo que yo me figuro de las mujeres del mundo. En fin, ese es mi ideal, mi locura; tanto que, mire usted, la baronesa Hulot no tendrá nunca cincuenta años para mí—dijo Crevel sin saber que había tratado con una de las mujeres de espíritu más delicado del siglo pasado.—Atienda usted, mi buena Isabel; estoy decidido á sacrificar cien, doscientos... ¡Chitón! ¡que vienen mis hijos! ahora los veo atravesando el patio. Yo no diré nunca que he sabido nada por usted, le doy mi palabra de honor, pues no quiero que pierda usted la confianza del barón, sino que por el contrario deseo que sean muy amigos. ¿Y debe amar mucho á esa mujer mi compadre? ¿verdad?

—¡Oh! ¡está loco por ella!—dijo la prima.—No ha sabido encontrar cuarenta mil francos para casar á su hija, y los ha hallado para esta nueva pasión.

—¿Y le cree usted amado?—preguntó Crevel.

—¿A su edad?...—respondió la solterona.

—¡Oh! ¡qué estúpido soy!—exclamó Crevel.—Yo que le tolero un artista á Eloísa, enteramente lo mismo que Enrique IV le consentía á Gabriela que tuviese á Bellegarde. ¡Oh! ¡la vejez! ¡la vejez! Buenos días, Celestina; buenos días, cielo mío, ¿y tu rorro? ¡Ah! ¡aquí está! á fe que empieza á parecerseme. Buenos días, Hulot, amigo mío, ¿como va?... Pronto tendremos un casamiento más en la familia.

Celestina y su marido hicieron una seña mostrando á Isabel, y la hija le respondió descaradamente á su padre:

—¿Cuál?

Crevel tomó una actitud maliciosa cual si diese á entender que su indiscreción iba á ser reparada y dijo:

—El de Hortensia, pero aun no está decidido. Vengo de casa de Lebás y se hablaba de la señorita Popinot para nuestro joven consejero de la audiencia real de París, á quien no le disgustaría ser nombrado primer presidente en provincias... Vamos á comer.

CAPÍTULO XIII

Última tentativa de Calibán sobre Ariel

A las siete, Isabel volvía ya á su casa en ómnibus, pues le tardaba volver á ver á Wenceslao, que la tenía engañada hacía veinte días y para el cual llevaba aún el saco lleno de frutas que le había dado el mismo Crevel, cuyo cariño hacia la prima Bel había aumentado mucho. La solterona subió á la buhardilla con una rapidez capaz de quitar la respiración á cualquiera, y encontró al artista ocupado en terminar los adornos de una caja que quería ofrecer á su querida Hortensia. El grabado de la tapa representaba hortensias, con las que jugaban unos amorcitos. El pobre amante, para sufragar los gastos de aquella caja que tenía que ser de malaquita, tuvo que hacer dos tederos que resultaron dos obras maestras y ceder la propiedad á Florent y Chanor.

—Amiguito mío, hace algunos días que trabaja usted demasiado—dijo Isabel enjugándole la frente llena de sudor y besándosele.—Semejante actividad me parece peligrosa en el mes de agosto. La verdad es que podría resentirse su salud. Mire, aquí tiene albérchigos y ciruelas de casa del señor Crevel. No se canse tanto; he pedido prestados dos mil francos, y á no ser que ocurriese una desgracia, podremos devolverlos si usted vende su reloj... Sin embargo, tengo dudas acerca de mi prestamista, pues acaba de enviarme este papel timbrado.

Y esto diciendo, colocó el auto de prisión debajo del boceto del general Montcornet.

—¿Para quién hace usted esas cosas tan bonitas?—le preguntó tomando las ramas de hortensias, de cera roja, que Wenceslao había dejado para coger las frutas.